



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A OCHO NUEVOS EMBAJADORES ANTE LA SANTA SEDE

Jueves 20 de mayo de 1999

Excelencias:

Me complace acogerlos hoy en el palacio apostólico y recibir las cartas que os acreditan como embajadores extraordinarios y plenipotenciarios ante la Santa Sede de vuestros respectivos países: Ucrania, Australia, Yemen, Malta, Barbados, Principado de Mónaco, Islandia y Tailandia. Quiero agradecerlos vivamente los cordiales mensajes que me habéis transmitido de parte de vuestros jefes de Estado. Os ruego que, al volver, les expreséis mi saludo afectuoso y mis mejores deseos para ellos y para su alta misión al servicio de sus pueblos. Nuestro encuentro me brinda la ocasión de saludar a los responsables de vuestras naciones, así como a vuestros compatriotas, y dirigir mi saludo cordial a los católicos de vuestros países, que procuran participar en todos los sectores de la vida junto con sus conciudadanos.

En esta solemne circunstancia, quisiera hacer, por medio de vosotros, un nuevo llamamiento a todas las naciones para que, en los diversos continentes, las autoridades civiles y todos los hombres de buena voluntad prosigan e intensifiquen sus esfuerzos en favor de la paz, la cooperación, la solidaridad y el entendimiento entre los pueblos. Conocéis el compromiso de la Sede apostólica en estos campos, para que callen las armas y se busque la negociación, de modo que, respetando el derecho, cada país reciba asistencia para la organización de sus instituciones y ayuda para la integración de las diferentes culturas y etnias que lo componen. En efecto, no se puede concebir un Estado como una realidad que rechace a una parte de su población, de acuerdo con criterios que llevan a la segregación. Los responsables de la sociedad han de estar atentos a las condiciones de una «convivencia armoniosa», para que la fraternidad supere al odio y a la violencia.

Debemos preparar una tierra habitable para las generaciones futuras, dando a los jóvenes

motivos para que tengan esperanza y se comprometan en la gestión de la ciudad, fundando su acción en los principios fundamentales de justicia, honradez y respeto a las personas. Del mismo modo, es conveniente que los hombres de nuestro tiempo, sobre todo los jóvenes, descubran los valores morales y espirituales que permiten percibir el sentido de la existencia personal y el sentido de la historia, y que son los motores tanto de la vida interior como de la vida social.

Al empezar vuestra misión, os expreso mis mejores deseos e invoco la abundancia de las bendiciones divinas sobre vosotros, así como sobre vuestras familias, sobre vuestros colaboradores y sobre las naciones que representáis.

**L'Osservatore Romano*. Edición Semanal en lengua española n. 23, p.12 (p.304).